

la muerte de alberto ezcurdia

Por Alberto Híjar

La muerte de Alberto Ezcurdia ha despertado un sinnúmero de comentarios y algunos escritos en los que prevalece el enaltecimiento de sus afanes conciliadores. El velorio de su cuerpo y los discursos pronunciados en su entierro, mantuvieron el mismo tema central aunque con diferentes tonos y sentidos. Sin duda, el mejor homenaje a la memoria de Alberto Ezcurdia es analizar el significado de todo esto.

Nacido en el seno de una de esas familias de rancio abolengo, Alberto Ezcurdia padeció una educación contraria a la realidad. Mientras ésta se llamaba la Revolución de 1910, con su secuela de nacionalismo burgués contra los intereses de la iglesia y con ello contra los restos de moral feudal, la familia de Ezcurdia e Híjar mantenía sus gustos por la heráldica, su apego a la educación confesional, a la vida recoleta. Sin padre desde temprana edad, Alberto Ezcurdia creció al margen de la historia y sin poder resolver en formas socialmente aceptadas los problemas de la vida cotidiana: la renta, la luz, el trabajo. Empezó a usar la generosidad como argumento ante la realidad, hasta que decidió su ingreso a un convento español.

La primera carta recibida por la familia principiaba: "¿quién estando en Europa no conoce París?". Así dio la tónica de una vocación religiosa de protesta. Alberto Ezcurdia no llegó al convento en la inmadurez dispuesta a la renuncia por ignorancia. Alberto Ezcurdia se hizo sacerdote por conocimiento de una realidad a la que sólo podía enfrentarse desde una relativa independencia.

Después, la Sorbona, las palmas académicas y el regreso a México. La restitución de amistades y vínculos institucionales se hizo a partir de la posición de cura mundano que en nuestro medio era especialmente sorpresiva. El Alberto Ezcurdia reformado en Europa tuvo que ligarse a los personeros de la izquierda en el más amplio y excesivo sentido del término. Menos ligas con la tradición familiar, nuevas ligas con la intelectualidad, dieron por resultado más soledad y menos concreción en las perspectivas. Alberto Ezcurdia, congresista obligado en reuniones por la paz, contra la guerra imperialista, por la independencia cultural. Alberto Ezcurdia, consiguientemente, en conflicto con su orden dominica. Su mismo compañero de estudios, Jaime Gurza, ungido como superior, promueve su salida de la orden. Conflictos personales, familiares, sociales. Méndez Arceo lo recibe en su jurisdicción.

La escalada imperialista internacional exige definiciones radicales. En el plano de la intelectualidad, los mejores fracasan, van a la cárcel y son criticados por la propia izquierda por sus errores tácticos. Nadie o muy pocos, renuncian al éxito o por lo menos al *status*. Frente a esto, Alberto Ezcurdia buscó planas en los periódicos para publicar los buenos artículos de otros problemas y otros países que por analogía pueden derivar al caso mexicano. Su posición entonces, es la del infiltrado y también la del conciliador. La moral de un sacerdote con Dios y con el Diablo pero también contra ellos, convierte a Alberto Ezcurdia en presencia grata hasta el límite del simpatizante, del hombre bueno en el sentido burgués.

La soledad tuvo que mantenerse como categoría vital. Ni con unos ni con otros. Enjuiciamientos eclesiásticos, pichicatearía intelectual, oportunismo, son algunos de los fantasmas que aparecen en la quiebra de un sistema. Alberto Ezcurdia no fue ajeno a esto y sin embargo mantuvo un núcleo amistoso más o menos permanente. ¿Qué estéril sacrificio proyectaba con este tormento? Quizá la

esperanza de mejorar a los peores y alentar a los mejores. Siempre desde una perspectiva incierta: izquierdista, moralista, religiosa.

Su entierro fue la imagen final y consecuente de su vida. Él, que no había deseado la grandilocuencia, tuvo que justificarla. La coincidencia de casi todos los credos y las moralidades en su muerte llevó a un articulista a llamarlo fray Amor.

Creo que la muerte de Alberto Ezcurdia liquida las posiciones abiertas y sólo las justifica cuando se las asimila con una orientación radical. Es lo menos que se puede pedir a los intelectuales: si a su nivel vital no son capaces de llevar a su raíz los problemas, sólo les espera la conciliación imposible. Alberto Ezcurdia, desde su relativa independencia, sufrió soledad, sarcasmo, ingratitudes. En su final, homenajes verborreicos junto a frases ponderadas. Con él se fue toda una concepción del humanismo llevada hasta extremos insostenibles: ni en la moral pueden coexistir la izquierda, los liberales y los religiosos, ni en lo teórico pueden coincidir Theilard y Marx.

El mejor homenaje a la memoria de Alberto Ezcurdia será no imitar su actitud sino superarla. Habrá que tomar ejemplo de su afán por sacar al pensamiento de las academias, pero no para mediatizarlo. Su humildad no fingida quizá daba a entender esta necesidad que él no pudo satisfacer.

Ciudad Universitaria, julio de 1970.

ANGLIA

Anuario de Estudios Angloamericanos No. 3
UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1970

SUMARIO

John L. Brown: Nuevos rumbos en la literatura comparada. Su importancia para los estudios angloamericanos.

Juan A. Ortega y Medina: Come Over and Help Us.

Sheldon Hackney: Violencia sureña.

G. Edward White: Nuevas perspectivas sobre los valores sociales y la política del Progresivismo.

Rita Blejer: Los ocho.

Gaylon L. Caldwell: El cambio rápido: emoción y angustia.
Jaime E. Cortés: Lillian Hellman: Toys in the Attic y la crítica.